

EPIGRAFÍA LATINA E HISTORIA ANTIGUA

JUAN MANUEL ABASCAL PALAZÓN
(Universidad de Alicante)

SUMMARY

This article contains a rapid review of the abundant information furnished by the latin inscriptions to our knowledge of Ancient History. To this effect a rapid balance is made of the latin epigraphs known today and the advances made in the study of their supports and the context of the texts, and the study ends with an evaluation of the architectural function of some of the monuments.

El título de estas notas podría presagiar una dilatada exposición de los merecimientos de la ciencia epigráfica para ser considerada entre las principales fuentes históricas; sin embargo, estas páginas no son tan pretenciosas y sólo contienen algunas reflexiones sobre la función que la epigrafía viene desempeñando en los estudios históricos de las últimas décadas.

Desde que a mediados del siglo XIX comenzó la elaboración de los grandes *corpora* epigráficos por parte de la Academia de Berlín, el estudio de la Historia Antigua recibió un impulso extraordinario al disponer de herramientas de trabajo bien compendiadas y que permitían acceder a campos de la ciencia hasta ese momento vedados. Se puede hablar de una auténtica era moderna de la Historia Antigua cuyos inicios coinciden con la aparición de figuras como Th. Mommsen, E. Hübner, H. Dessau, etc. Desde un primer momento, los estudios sobre la epigrafía latina recibieron más dedicación que los de las inscripciones griegas, salvo cuando éstas servían de referencia expresa para la historia de Roma.

El primer impulso que las inscripciones prestaron a la Historia Antigua se puso al servicio del estudio del derecho y de las instituciones. Entre 1870 y 1920 se redactaron la mayor parte de los textos de base que, en gran medida, siguen teniendo hoy vigencia, y que eran deudores de aquellos primeros repertorios epigráficos adecuadamente combinados con la información de los autores clásicos.

La epigrafía se ha desarrollado de forma notable como área de estudio desde aquellas décadas finales del siglo XIX y, a lo largo del XX, ha experimentado un crecimiento constante del que son prueba las largas series bibliográficas de que disponemos. Este crecimiento es producto de una parte del aumento del volumen de inscripciones (sólo en Hispania casi se ha triplicado su número con respecto al editado por Hübner) y de otra del progresivo aumento de los estudios de síntesis basados casi exclusivamente en inscripciones.

Este crecimiento se apoya en un hecho fundamental que revaloriza permanentemente el papel de la epigrafía en los estudios históricos: el número de inscripciones aumenta continuamente, año a año, década a década y, lo que es más importante, los nuevos hallazgos introducen cambios significativos en nuestra forma de pensar, algo que sólo en contadas ocasiones puede ofrecer la relectura de las fuentes clásicas.

La epigrafía como ciencia nació, en cierto modo, de manos del positivismo histórico, en su constante acumulación de recursos informativos. Constituidos los grandes *corpora*, y diseñados mediante una adecuada combinación con otras fuentes los grandes momentos históricos de la Antigüedad, hemos aprendido a leer fenómenos complejos a partir de la individualidad, a reconocer procesos generales a partir de herramientas particulares. Visto de este modo, el salto llevado a cabo en la mentalidad con que afrontamos la elaboración histórica es enorme e irrepitible. Este salto puede resultar en algún momento engañoso y convencer al historiador de que es capaz de caminar por sí solo y reconstruir de manera autónoma el proceso histórico. Los últimos treinta años de este siglo han conocido enconadas disputas metodológicas sobre el particular.

La especialización que ha tenido lugar en las últimas décadas en la Historia Antigua como en otras disciplinas históricas ha llevado a la creación de pequeñas parcelas del saber en las que cada historiador se siente seguro al dominar los recursos informativos a su alcance. En un momento en que la epigrafía, la numismática, la papirología, la arqueología y los métodos basados en las ciencias de la naturaleza están incrementando continuamente nuestro acervo informativo, esta parcelación implica, cuando menos, un gran riesgo.

En efecto, el desarrollo de las nuevas herramientas del conocimiento en este siglo exige del historiador una mayor capacidad de gestión de las fuentes a su alcance; exige unas nociones suficientes de todas ellas y de su metodología, para poder así extraer nuevos datos. Tales tipos de conocimiento son compatibles con la profesionalización tradicional de determinadas ramas del saber (epigrafía, numismática, filología clásica), a las que siempre corresponde en último extremo el análisis más riguroso de cada fuente informativa; pero esta coexistencia no puede servir en ningún momento como excusa invocada por el historiador para su desconocimiento.

El avance de la Historia Antigua hoy sólo se puede concebir desde la aportación progresiva de información y la reelaboración de nuestros conocimientos a partir de los nuevos datos. Tal concepción precisa de la multiplicación de las fuentes que generan esa información y es por eso que el historiador debe manejar todos los recursos a su alcance.

En ese contexto, la epigrafía constituye una de nuestras principales herramientas de conocimiento, cuya importancia viene demostrada por el aumento de los epígrafes reunidos en las sucesivas ediciones de *L'Année Epigraphique* o, en el caso hispano, del permanente crecimiento de los registros en *Hispania Epigraphica*¹.

1 *Hispania Epigraphica* 1 (1989) contenía 713 inscripciones, mientras el número 4 (1994) alcanza ya las 1.107.

En el mundo romano conocemos hoy algo más de 250.000 inscripciones según cálculos recientes, de las que aproximadamente el 75 % son textos funerarios². El resto se reparte entre monumentos y testimonios fragmentarios de muy diverso signo: textos votivos, honoríficos, documentos jurídicos, miliarios y un sin fin de pequeños objetos que contienen diferentes tipos de inscripciones hasta llegar al sencillo grafito en genitivo que indica la propiedad de un *catillus*. Todos estos documentos son resultado de lo que se ha dado en llamar el «hábito epigráfico»³, esto es, el ritmo de producción de epígrafes en relación con el grado de latinización y las necesidades generadas por el entorno cultural.

En términos generales, el latín, por medio de las inscripciones, hizo aflorar los hábitos culturales de muchas poblaciones de todas las riberas del Mediterráneo con las que Roma fue entrando en contacto. Esta circunstancia es especialmente importante en aquellas sociedades en que no había una tradición epigráfica previa, como ocurre en el caso hispano con las poblaciones del noroeste, tal y como ha puesto de relieve Tranoy⁴. En estos ámbitos, el latín constituyó el primer cauce de comunicación escrita y sirvió para mostrarnos la organización y vida religiosa de unos grupos humanos de los que nuestra información hoy sería, sin su ayuda, escasísima.

Sin embargo, tal contacto supone en sí mismo una alteración de la vida interna del grupo al que afecta, lo que nos obliga a considerar la información que proporcionan las inscripciones como una información mediatizada por la cultura del colonizador. Tras esta limitación están conceptos como los de «asimilación» y «resistencia», que son más cómodos que el de «romanización», con todo lo que de anulación supone.

En otras zonas con un hábito epigráfico previo en los medios indígenas, como ocurre con amplias zonas de la costa mediterránea o del mediodía de la Península Ibérica, el contacto con el latín a partir de los últimos años del siglo III a.C. supone la suplantación progresiva de los antiguos sistemas de escritura, a un ritmo que no siempre indica la asimilación de la nueva lengua como instrumento cotidiano y que tampoco prueba una sustitución inmediata del contexto cultural. Ejemplos elocuentes en este sentido son los más antiguos grafitos latinos de Carthago Nova: al último decenio del siglo III a.C., en función de su soporte material sobre cerámicas de barniz negro, pertenece una de las primeras, si no la primera, evidencias del uso del latín en Hispania; el texto muy breve, contiene parte de un *tria nomina* fragmentario en el que puede leerse *C. Caecilius* —J⁵. Sobre soporte pétreo el más antiguo texto hispano en lengua latina sigue siendo la inscripción dedicada a Minerva en una de las torres de la muralla de Tarragona, que es también la más antigua de este tipo fuera de Italia⁶.

2 R. Saller, B. Shaw, «Tombstones and Roman Family Relations in the Principate: Civilians, Soldiers and Slaves», *JRS* 74 (1984) 124-156.

3 R. Mac Mullen, «The Epigraphic Habit in the Roman Empire», *AJP* 103 (1982) 233-246; E.A. Meyer, «Explaining the Epigraphic Habite in the Roman Empire», *JRS* 80 (1990) 74-96. Cfr. S. Mrozek, «A propos de la répartition chronologique des inscriptions latines dans le Haut — Empire», *Epigraphica* 35 (1973) 113-118 y 50, (1988) 61-64.

4 A. Tranoy, *La Galice romaine*, Paris 1979.

5 Debemos la información a Elena Ruiz Valderas, fruto de cuyo trabajo es la datación del soporte. Cfr. ahora J.M. Abascal, «La temprana epigrafía latina de Carthago Noua», en *Actas del Coloquio Roma y las primeras culturas epigráficas del Mediterráneo. Zaragoza 1992* (en prensa).

6 G. Alföldy, «Die altëste römische Inschrift der Iberischen Halbinsel», *ZPE* 43 (1981) 1-12.

El historiador puede hacer de las inscripciones muchas lecturas diferentes en función de los aspectos de la Antigüedad que desee conocer. En líneas generales, la epigrafía soporta tres tipos de análisis: el soporte monumental, el contenido de las inscripciones y el hecho epigráfico en sí con sus implicaciones en la vida de las ciudades.

EL SOPORTE MONUMENTAL

Si durante décadas el objeto fundamental de estudio fueron los textos de las inscripciones, a partir de 1960 aproximadamente se ha producido una revalorización creciente de los soportes; tal interés ha venido impulsado de una parte por las propias tendencias de la historia del arte; de otra, por las necesidades del historiador de analizar el contexto en que se generan sus fuentes. Así, el texto y el monumento que lo contiene constituyen hoy el objetivo conjunto del estudio epigráfico.

El precedente de todas estas tendencias en el análisis de los elementos estéticos de las inscripciones latinas lo constituye el trabajo clásico de Fr. Cumont⁷; sus estudios sobre el simbolismo de los elementos que adornan las inscripciones funerarias mostraron la similitud en el tratamiento artístico de las ideas por parte de nuestro antepasados, y evidenciaron respuestas estéticas comunes por parte de grupos humanos con rasgos internos similares⁸.

En los últimos cuarenta años se han prodigado los análisis de este tipo buscando, no sólo las similitudes entre unos y otros soportes, sino la identificación de los centros que los produjeron; de esta depuración progresiva de nuestros conocimientos ha surgido la definición de un buen número de *officinae*, cuyos modelos teóricos son, en gran medida, resultado de los trabajos de Susini, Manacorda y otros⁹. Entre los precedentes en este tipo de análisis habría que situar los estudios sobre los talleres de Burdeos llevados a cabo por Braemer¹⁰; a otro nivel más global dos evidencias contemporáneas de estos estudios serían el libro de Walser¹¹ o los estudios de Gamer sobre altares¹².

En Hispania el estudio de las oficinas lapidarias comienza con un trabajo clásico de Elorza sobre un conocido taller alavés¹³, y en los últimos años se han publicado otros en el territorio

7 F. Cumont, *Recherches sur le symbolisme funéraire des romains*, Paris 1941.

8 Cl. Franzoni, *Habitus atque habitudo militis. Monumenti funerari di militari nella Cisalpina romana*, Roma 1987.

9 G.-C. Susini, *Il lapicida romano*, Roma 1968; D. Manacorda, *Un'officina lapidaria sulla Via Appia*, Roma 1980; I. di Stefano Manzella, *Mestiere di epigrafista. Guida alla schedatura del materiale epigrafico lapideo*, Roma 1987.

10 F. Braemer, *Les stèles funéraires à personnages de Bordeaux, Ier.-IIIe. siècles. Contribution à l'histoire de l'art provincial sous l'Empire romain*, Paris 1959.

11 G. Walser, *Römische Inschrift — Kunst*, Stuttgart 1988.

12 G. Gamer, *Formen römischer Altäre auf der Hispanischen Halbinsel*, Madrider Beiträge 14, Mainz 1989.

13 J.C. Elorza, «Un taller de escultura romana en la divisoria de Alava y Navarra», *Cuadernos de Trabajo de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma* 13 (1969) 53-74.

riojano¹⁴, la Segobriga de los Celtíberos¹⁵ o el territorio del Alto Palancia, en la provincia de Castellón¹⁶.

La preocupación por el soporte de las inscripciones es hoy una constante en todos los estudios epigráficos, habida cuenta del caudal de información que permite obtener. Tal elocuencia depende, en primer término, del rigor en la descripción y en la unificación de los criterios, a fin de hablar un mismo lenguaje en todas las publicaciones¹⁷. A partir de esta información puramente estilística sabemos hoy, por ejemplo, que determinados tipos de estelas de cabecera triangular remiten a los hábitos escultóricos de algunas zonas del Ebro o que las estructuras semicilíndricas conocidas como *cupae* se desarrollan en un entorno social y geográfico muy específico¹⁸.

El verdadero interés del estudio del soporte está en la determinación de características comunes para los monumentos vinculados a colectivos sociales cerrados o con lazos de unión muy específicos. Un ejemplo fácil son las estelas funerarias de los soldados de las cohortes pretorianas¹⁹. Desde el punto de vista étnico esta valoración es siempre más difícil, pero no siempre estéril: en la divisoria montañosa de León y Asturias (*conuentus Asturum*) y en la zona limítrofe entre León, Palencia y Santander parece tener su asiento un grupo étnico agrupado en torno a una ciudad llamada Vadinia que cita Ptolomeo²⁰; los habitantes de este territorio aparecen genéricamente identificados por el étnico *Vadiniensis*, que aparece sobre un gran número de inscripciones funerarias; pues bien, sus epitafios están realizados en soportes que, la mayor parte de las veces, no son regulares y que presentan a veces más aspecto de elipse que de paralelepípedo; en la colocación del texto no hay excesivo cuidado por la paginación; contienen un repertorio antroponímico muy uniforme y, sobre todo, presentan rasgos decorativos comunes como son árboles esquematizados y caballos en diversas actitudes. Todos estos rasgos definen un grupo de estelas muy específico en el que, sin embargo, sería difícil encontrar patrones comunes en medidas o paginación; su homogeneidad reside en lo heterogéneo, si se admite el juego de palabras²¹.

14 U. Espinosa, «Una oficina lapidaria en la comarca de Camero Nuevo (La Rioja), en *Estudios sobre la Antigüedad en homenaje al Profesor Santiago Montero Díaz. Anejos de Gerión* 2, Madrid 1989, pp. 403 ss.

15 J.M. Abascal, «Una oficina lapidaria en Segobriga. El taller de las series de arcos», *HAnt* 16 (1992) 309-343.

16 F. Arasa, «Una oficina lapidaria en la comarca de l'Alt Palància (Castelló)», en *Estudios de arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*, Valencia 1992, pp. 567-581.

17 J.-N. Bonneville, «Le monument épigraphique et ses moulurations», *Faventia* II.2 (1980) 75-98; *id.*, «Le support monumental des inscriptions: terminologie et analyse», en *Epigraphie Hispanique. Problèmes de méthode et d'édition*, Paris 1984, pp. 117-152.

18 Cfr., con el resto de la bibliografía, D. Julia, «Les monuments funéraires en forme de demi-cylindre dans la province romaine de Tarraconaise», *MCV* 1 (1965) 29-70; J.-N. Bonneville, «Les cupae de Barcelone: les origines du type monumental», *MCV* 17 (1981) 5-38; L. Bacchielli, «Monumenti funerari a forma di cupula: origine e diffusione in Italia meridionale», en *L'Africa romana. Atti del III convegno di studio. Sassari 1985*, Sassari 1986, pp. 303-319.

19 A. Giuliano (ed.), *Museo Nazionale Romano. Le Sculture* I.7.1, Roma 1984, con un buen número de testimonios.

20 Sobre el colectivo y su hábito epigráfico, cfr. M.L. Albertos, «A propósito de unas estelas de cántabros vadinienses de Remolina (León)», *Durius* 2 (1974) 79-88.

21 El repertorio gráfico puede verse en F. Diego Santos, *Inscripciones romanas de la provincia de León*, León 1985, pp. 192 ss. y lám. CLXXXV y ss.; *id.*, *Epigrafía romana de Asturias*, Oviedo 1985, números 43, 51, 52, 55 y 60 f. Cfr. J.M. Iglesias, *Epigrafía cántabra*, Santander 1976. El análisis interno de los textos ha sido revisado por J. Untermann, «Namenkundliche Anmerkungen zu lateinischen Inschriften aus Kantabrien», *Beiträge für Namenforschung, N.Folge*, 15.4 (1980) 367-392.

Las similitudes estilísticas y los rasgos comunes de un conjunto de inscripciones en un mismo territorio son datos que el historiador no puede ignorar en el análisis de sus fuentes epigráficas; de ahí el interés que tiene la cuidada edición gráfica en las publicaciones y la meticulosa medición de los soportes. La forma de éstos es otro de los elementos que conviene analizar con más rigor: en sí mismos indican la posición en que estuvo situado originariamente el monumento; de la inspección de la cara posterior de una estela podemos deducir si era exenta o se apoyaba en otra pieza, los pedestales destinados a soportar una estatua suelen conservar huellas del apoyo metálico o cavidades destinadas a encajar una escultura, los bloques con inscripción que forman parte de un mausoleo u otra construcción funeraria pueden presentar grapas, detalles que denuncien su posición original, etc.

EL CONTENIDO DE LAS INSCRIPCIONES

Aunque el objetivo del dedicante o del autor de una inscripción en la Antigüedad no era exclusivamente la transmisión del texto, sino que había también una función monumental en la dedicación de la que luego hablaremos, el contenido es el mensaje fundamental. Por ello al servicio de la exégesis del texto han surgido continuamente libros de referencia que procuran allanar cada vez más nuestro camino hacia su significado²².

El texto del monumento epigráfico es la parcela que mayor atención ha recibido de los historiadores, en razón de la variadísima información que proporciona y de los múltiples enfoques que admite.

A partir de estos análisis la historiografía de finales del siglo XIX, con Mommsen a la cabeza, construyó los textos de apoyo de los que hoy seguimos dependiendo en gran medida. La verdadera creatividad del historiador se observa precisamente en interpretar toda esta información y en ver qué nuevos elementos proporciona al conocimiento histórico, tratando de completar éste de manera permanente²³.

A principios de este siglo se pusieron de moda un gran número de libros cuyo cuerpo central contenía amplios catálogos de inscripciones en torno a un tema, que luego eran comentados en los capítulos sucesivos. Tal método era necesario en una época en que los volúmenes del *Corpus Inscriptionum Latinarum* comenzaban a popularizarse entre la comunidad científica y cuando no se disponía aún de ficheros específicos para analizar los grandes fenómenos históricos. La contribución de libros como estos al conocimiento histórico es incalculable. En décadas sucesivas, superada ya esta etapa inicial, la investigación continuó por derroteros menos ambiciosos, hasta que en los años sesenta y setenta, el cúmulo de novedades conocidas con posterioridad a la edición de los diferentes volúmenes del CIL llevó a la realización de nuevos compendios que recapitulaban sobre aspectos ya tratados. Aún en estos años finales del siglo se han replanteado algunos problemas generales cuyo dossier epigráfico había crecido de forma signi-

22 El trabajo clásico sigue siendo el de R. Cagnat, *Cours d'épigraphie latine*, Paris 1914 (reed. Roma 1964); P. Batle Huguet, *Epigrafía latina*, Barcelona 196; I. Calabi Limentani, *Epigrafía latina*, Milán 1968 (reed. 1974); A.E. Gordon, *Illustrated Introduction to Latin Epigraphy*, Berkeley 1983; K. Paasch Almar, *Inscriptiones Latinae. Eine illustrierte Einführung in die lateinische Epigraphik*, Odense 1990.

23 La exposición teórica de esta forma de entender el trabajo histórico puede verse en G. Alföldy, «La Historia Antigua y la investigación del fenómeno histórico», *Gerión* 1 (1983) 39-61.

ficativa, del tal manera que el historiador que se incorpora a estas tareas puede ver hoy varios ejemplos de la sucesiva reelaboración de amplios campos de la Historia Antigua en función de los nuevos descubrimientos²⁴. Algunos de aquellos tempranos trabajos titánicos siguen teniendo hoy plena vigencia en muchas materias, como es el caso del *Dizionario epigrafico di antichità romane* editado por E. de Ruggiero²⁵, por no citar otras muchas obras que comparten esa situación y que combinan la información epigráfica con el resto de las fuentes de información; entre todas ellas sigue destacando la *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*.

La principal contribución de los últimos años al conocimiento de las inscripciones latinas ha venido de la mano de los múltiples repertorios locales y catálogos de museos que han proliferado en todas las provincias romanas, de la edición de índices para determinadas partes del CIL, y de la reedición de algunos de estos volúmenes con el nuevo caudal de información. Paralelamente, el historiador dispone hoy de herramientas eficaces en los repertorios anuales con las novedades epigráficas y en los continuos catálogos bibliográficos que editan las principales instituciones europeas. Hoy es fácil conocer en un escaso margen de tiempo las novedades que en este campo se van produciendo, aunque hay que lamentar que muchos de los nuevos hallazgos epigráficos dormiten demasiado en los almacenes de los museos y que una parte de ellos difícilmente vean la luz en un lapso de tiempo razonable, como ha hecho notar S. Panciera para el caso itálico²⁶.

En el contenido de la inscripción el historiador puede efectuar dos tipos de análisis: el meramente formal con el estudio de la paginación, tipos de letras, abreviaturas, etc. y el que afecta específicamente a la significación histórica del contenido. La combinación de ambos permite calibrar el grado de asimilación de las corrientes epigráficas de otras partes del Imperio, principalmente de Italia, y valorar el influjo que éstas han podido ejercer sobre talleres epigráficos locales impregnados aún de elementos autóctonos. Esa información, adecuadamente combinada con el análisis paleográfico, los formularios y el contenido del texto es la base de la estimación cronológica. Algunos principios básicos de datación a partir de estos datos siguen vigentes después de muchos años: tal es el caso de la aparición o no del encabezamiento D.M. o D.M.S., la presencia o no de formularios finales (H.S.E./S.T.T.L., F.C., etc.), pero ahora sabemos que estos elementos guardan relación con el ámbito geográfico en que aparecen; otro tanto se puede decir de determinados elementos de interpunción, como triángulos y, sobre todo, *hederae*, etc.

A partir de estos mismos elementos formales podemos valorar hoy la condición social del dedicante o del artesano que ejecuta la pieza, al que rasgos paleográficos específicos pueden

24 Cfr. por ejemplo para el senado romano los trabajos clásicos de P. Lambrechts publicados entre 1936 y 1937 y las recientes puestas al día de R.J.A. Talbert (*The Senate of Imperial Rome*, Princeton 1984) y A. Chastagnol (*Le sénat romain à l'époque impériale*, Paris 1992); en lo referente a los Fastos consulares pueden compararse los estudios de W. Liebenam (*Fasti consularis imperii Romani von 30 v. Chr. bis 565 n. Chr. mit kaiserliste und Anhang*, Bonn 1909) y A. Degrassi (*I Fasti consolari dell'imperio Romano dal 30 a. Chr. al 613 d. Chr.*, Roma 1952); otro tanto ocurre con las tribus romanas en el trabajo de J.W. Kubitschek, *Imperium Romanum tributum discriptum*, Praga 1889 y la actualización para Hispania de R. Wiegels, *Die Tribusinschriften des römischen Hispanien. Ein Katalog*, Berlin 1985. En temas más puntuales, J.M. Roldán, *Hispania y el ejército romano. Contribución a la historia social de la España antigua*, Salamanca 1974 y P. Le Roux, *L'armée romaine et l'organisation des provinces ibériques d'Auguste à l'invasion de 409*, Paris 1982, etc.

25 Primera edición de 1886, con reimpresión en Roma en 1980.

26 S. Panciera, *Soprintendenze speciali ed altri istituti analoghi nella loro organizzazione e nei loro rapporti con le soprintendenze territoriali alle antichità*, Roma 1974, p. 49, citado por G. Alföldy, *op. cit.* en nota 23, p. 46.

denunciar como un artista local, poco habituado al grabado de textos o al uso de determinados tipos de piedras. En algunas ocasiones, los errores cometidos en la ejecución demuestran que este artesano no comprendió el significado del texto que le pidieron colocar en el monumento, lo que originó cambios de letras y confusiones por otras de rasgos parecidos. En áreas periféricas, en las que la cultura latina se encontraba en fase de asimilación, estos errores aumentan de forma considerable; a partir de ellos y de otras vacilaciones gráficas no menos notorias en la onomástica sabemos hoy que la introducción del latín como lengua cotidiana no supuso el mismo nivel de aprendizaje como sistema de escritura. En estos rasgos internos del texto se encuentra también información sobre el dedicante, que economiza más o menos en un mejor o peor soporte, en un texto más o menos largo y en el encargo a un profesional más o menos avezado. Tras estas tendencias están también las modas y la variación en los gustos, nuevas ideas estéticas, etc. Ni que decir tiene que los rasgos paleográficos deben ser, en este análisis, una de las principales preocupaciones del historiador.

Fuera de esta información referida exclusivamente al dedicante del texto y, en su caso, al difunto, la inscripción puede ofrecer datos de tipo general que ilustren la historia económica, política, administrativa, religiosa, etc. de un territorio. Esta información no siempre es mérito exclusivo de los grandes epígrafes monumentales sino que, con frecuencia, se encuentra en textos sencillos.

El primer nivel de información general que ofrecen los textos es el referido a la organización y gestión de un territorio. Nuestras fuentes no epigráficas sobre el particular no siempre son tan elocuentes como nosotros quisiéramos²⁷, y dejaron pasar muchos datos que consideraron triviales aunque para nosotros hoy puedan no serlo. Hay que recordar siempre aquel pasaje de Mela en el que alude vagamente a las ciudades de Cántabros y Várdulos y omite sus nombres con el pretexto de que no son fáciles de pronunciar²⁸. El conocimiento y la ubicación exacta de muchas ciudades de la Antigüedad procede de la información epigráfica, que de manera permanente ofrece a través de la *origo* de los diferentes personajes nuevas evidencias de organización administrativa local incluso para núcleos desconocidos en las fuentes literarias²⁹. De estos datos depende gran parte de nuestro conocimiento sobre las divisiones administrativas de cada una de las provincias romanas, alimentado periódicamente por un nuevo documento de señalamiento de límites o por noticias que plantean enconadas disputas cronológicas, como ocurrió hace pocos años con la *tabula Lougeiorum*³⁰.

A este mismo nivel, las inscripciones ofrecen las evidencias de las magistraturas y del funcionamiento administrativo local, de la fecha de la promoción jurídica³¹, de la implantación

27 B.D. Hoyos, «Pliny the Elder's Titled Baetican Towns: Obscurities, Errors and Origins», *Historia* 28 (1979) 460 ss.

28 Mela, *Chor.* 3, 1, 15: *Tractum Cantabri et Varduli tenent: Cantabrorum aliquot populū amnesque sunt, sed quorum nomina nostro ore concipi nequeant.*

29 El caso más notorio de los últimos años es el del municipio Iritano, no citado por los textos clásicos y del que ahora conocemos la legislación local. Cfr. J. González, «The lex Iritana. A new Flavian municipal law», *JRS* 76 (1986) 147 ss. Ha generado una amplísima literatura, parcialmente recogida hasta 1989 en J.M. Abascal y U. Espinosa, *La ciudad hispano-romana. Privilegio y poder*, Logroño 1989, pp. 100 y 109, nota 18.

30 M^a D. Dopico, *La Tabula Lougeiorum. Estudios sobre la implantación romana en Hispania*, Anejos de Veleia 5, Vitoria 1988.

31 A.U. Stylow, «Apuntes sobre epigrafía de época flavia en Hispania», *Gerion* 4 (1986) 285-311.

del culto imperial³², etc. Por ellas sabemos de la existencia de las diferentes magistraturas en cada uno de los núcleos y conocemos a las familias que las desempeñaron, lo que abre unas posibilidades inmensas al estudio de las élites políticas en los medios locales; esta línea de trabajo ha sido muy fructífera en casi todos los territorios estudiados, con especial incidencia en Italia, Narbonense e Hispania³³.

A otro nivel, el contenido de las inscripciones ilustra con claridad las vías de promoción interna de la sociedad romana, desde los medios estrictamente locales al *cursus* ecuestre³⁴ o desde éste al orden senatorial³⁵. No siempre es posible seguir la carrera de un mismo personaje a partir de un grupo de inscripciones, aunque sí es frecuente entender una línea familiar a partir de las numerosas huellas epigráficas que deja. Un caso excepcional es el referido a *L. Caecilius Lucundus*³⁶.

La epigrafía es fuente imprescindible en el análisis de aquellos grupos sociales que tienen una escasa presencia en otras fuentes, como es el caso de los esclavos y libertos; como es sabido, incluso su presencia en el repertorio epigráfico es menos frecuente que la de otros colectivos de mejor posición en la escala social. En el caso de los libertos, las posibilidades de promoción económica y el acceso a funciones secundarias de la administración les brindaron la oportunidad de tener un reflejo epigráfico ocasional; los esclavos, sin embargo, aparecen casi únicamente en sencillos epitafios de reducido coste desigualmente repartidos por las provincias del Imperio. A partir de las inscripciones de ambos colectivos se han obtenido resultados históricos apreciables³⁷, no sólo en lo que se refiere a su significación numérica en la sociedad romana, sino en aspectos relacionados con la manumisión, promoción, finanzas particulares, organizaciones profesionales, etc.

En la cúspide de la pirámide social romana las inscripciones han permitido reconstruir el desarrollo de la titulación imperial de cada uno de los reinados, permitiendo ordenar de esta manera muchos de los acontecimientos referidos por las fuentes o registrados en los grandes textos jurídicos. Bien es verdad que en este análisis de las titulaturas quedan aún lagunas sin resolver, pero el desarrollo llevado a cabo en este campo en las últimas décadas es muy significativo³⁸.

32 D. Fishwick, *The Imperial cult in the Latin West. Studies in the ruler cult of the Western Provinces of the Roman Empire*, 2 vols., Leyden 1987.

33 Cfr. por ejemplo, I. Rodá, «La gens Pedania barcelonesa», *HAnt.* 5 (1975) 223 ss.; G. Alföldy, *Los Baebii de Saguntum*, Trabajos Varios del SIP nº 56, Valencia 1977; R. Syme, «La richesse des aristocrates de Bétique et de Narbonnaise», *Ktema* 2 (1977) 373-380; L.A. Curchin, «Personal Wealth in Roman Spain», *Historia* 32 (1983) 227-244.

34 H. G. Pflaum, *Les carrières procuratoriennes équestres sous le Haut-Empire romain*, 4 vols., París 1960-1961; H. Devijver, *Prosopographia militarium equestrium quae fuerunt ab Augusto ad Gallienum*, 3 vols., Lovaina 1976-1980.

35 Cfr. *op. cit.* en nota 24; *vid.* además S. Panciera (ed.), *Epigrafía e ordine senatorio. Atti del Colloquio AIEGL*, Roma 14-20 mai 1981, *Tituli* 5, 1982 y la amplia bibliografía citada por K. Paasch, *op. cit.* en nota 22, pp. 263-267.

36 J. Andreau, *Les affaires de monsieur Lucundus*, Roma 1974.

37 Aunque la bibliografía es amplísima, cfr. los resultados de tres enfoques distintos en G. Boulvert, *Esclaves et affranchis impériaux sous le Haut-Empire romain: rôle politique et administratif*, Nápoles 1970; G. Fabre, *Libertus. Patrons et affranchis à Rome*, Roma 1981; P. Huttunen, *The Social Strata in the Imperial City of Rome. A Quantitative Study of the Social Representation in the Epitaphs published in the CIL VI*, Oulu 1974.

38 U. Schillinger-Häfele, *Consules — Augusti — Caesares*, Stuttgart 1986; D. Kienast, *Römische Kaisertabelle*, Darmstadt 1990.

Las inscripciones nos han abierto las puertas a un sin fin de aspectos de la Antigüedad de los que las fuentes habían guardado silencio o sobre los que su información era meramente referencial. La demografía, los análisis sobre movimientos de tropas en las diferentes regiones, la religiosidad en todas sus facetas, niveles de rentas familiares, programas de urbanización y monumentalización de las ciudades, y una interminable relación de problemas se han visto enriquecidos con el cúmulo de inscripciones que día a día van apareciendo por todas las provincias del Imperio.

EL HECHO EPIGRÁFICO Y LA VIDA DE LAS CIUDADES

La extensión de la latinidad trajo consigo la difusión del modelo de vida urbana acorde a unos principios estéticos y estilísticos determinados. Incluso en regiones del Mediterráneo con una larga tradición histórica en la construcción de ciudades de ordenamiento complejo, se llevaron a cabo modificaciones no sólo en la estructura general, sino en el diseño de determinados tipos de edificios que debían cumplir ahora funciones específicas.

En esa reelaboración del espacio urbano, las inscripciones constituyen un elemento fundamental, y no sólo porque sirvieron para dejar constancia del programa de obras públicas o de la participación de las diferentes familias en su construcción. La inscripción conmemorativa cumple en los edificios públicos una función decorativa además de testimonial y esta función es más evidente cuando figura sobre soportes exentos. En efecto, las áreas forenses de muchas ciudades narbonenses, itálicas, africanas o hispanas vieron jalonado su perímetro con los pedestales erigidos en honor de aquellos personajes que habían destacado en algún momento de la vida de la ciudad, bien por sus actos de evergetismo, bien por su participación en las magistraturas o por cualquier otro merecimiento³⁹. Los pedestales con inscripción que adornan todos estos espacios públicos forman parte de ese programa monumental que permitió adaptar las ciudades a un nuevo paisaje acorde con la nueva condición jurídica del núcleo y de sus habitantes.

Las inscripciones son la única evidencia de que disponemos para conocer el programa de construcción pública en los diferentes enclaves. El elevado número de testimonios recogidos en los diferentes *corpora* permite incluso una seriación por tipos de edificios o por épocas de edificación. La comparación de estos datos con los obtenidos a partir de la arqueología da pie a esbozar, con mucha frecuencia, las transformaciones urbanísticas de un núcleo o el orden de su programa de monumentalización⁴⁰. Con estas inscripciones hemos aprendido a medir el papel de los diferentes grupos sociales en la financiación de las obras públicas o en interés de una familia por mantener, por medio de las reconstrucciones, el recuerdo de un antepasado generoso.

También fuera de las ciudades, en su entorno inmediato, la epigrafía es fuente fundamental para nuestro trabajo. A partir de las conocidas disposiciones que prohibían enterrar dentro de las ciudades, repetidas por diferentes ordenamientos locales desde las leyes de las XII Tablas, el

39 G. Alföldy, «Bildprogramme in den römischen Städten des conventus Tarraconensis. Das Zeugnis des Statuenpostamente», *Revista de la Universidad Complutense* 118 (1979) = Homenaje a García y Bellido 4, pp. 177-275.

40 H. Jouffroy, *La construction publique en Italie et dans l'Afrique romaine*, Estrasburgo 1986.

perímetro de los núcleos urbanos se pobló de necrópolis situadas a los bordes de las vías de comunicación. Muchas veces son los epitafios que señalaban esas tumbas la única herramienta de que disponemos para conocer la ordenación territorial del espacio extramuros de un núcleo y el hallazgo de estos testimonios permite intuir el trazado de las arterias de comunicación en los accesos a las ciudades.

Nuestro conocimiento de la Antigüedad conforma hoy un mosaico en el que disponemos de muchísimas piezas que permiten hilvanar los grandes fenómenos recogidos en las fuentes; sin embargo, algunos períodos, sus protagonistas y los espacios geográficos que habitaron siguen teniendo una imagen difusa que sólo nuevos descubrimientos podrán matizar. En esta permanente reelaboración de la Historia, la epigrafía juega y ha de jugar un papel primordial.